

PEDAGOGÍA Y ORATORIA EN MARCO FABIO QUINTILIANO

POR

ANICETO GÓMEZ ESTEBAN

Introducción

La reflexión pedagógica no siempre se halla aislada; la encontramos ciertamente en los manuales de educación, pero también en los libros de los filósofos, dispersa en las obras literarias, abundante en los tratados de retórica y dialéctica, en los códigos legislativos, en las normas morales, entremezclada, en fin, con el conjunto de las manifestaciones culturales en las que alienta una tendencia a la perfección, no siendo otra la misión de la Pedagogía sino encauzarla con intención y método.

Desde muchos puntos de vista nos interesa la obra del gran calagurritano, pues, a la recíproca de lo expuesto en este tratado de educación encontramos, además de normas pedagógicas, pensamientos filosóficos, conceptos morales, crítica literaria, gramática y psicología.

Se me ha ocurrido estudiar algunos aspectos de obra tan polifacética, deteniéndome en las ideas educativas del retórico que tienen, desde luego, valor por sí mismas y validez general en Pedagogía; pero, sea por la ligazón íntima con la oratoria, especialmente en los grados superiores de la enseñanza, o porque no quedaría lo suficientemente destacada la finalidad educativa que oriente la acción docente, es lo cierto que *pedagogía y oratoria* en M. F. Quintiliano vienen a hermanar, resultando inseparables y en su confluencia las considero.

Pero en la concepción educativa del riojano hay algo substancial que interesa destacar: antes que al político, antes que al abogado, antes que al filósofo, y lo que es más, antes que al orador, Quintiliano educa al hombre. Y este educar sobre todo al hombre completo es el mayor mérito de las Instituciones.

El rétor rompe con toda limitación y ampliando el horizonte educativo lo eleva a la jerarquía máxima, y produce un tipo universal de hombre civilizado y un tratado completo de educación.

Traer a las páginas de esta revista la figura del retórico de Calahorra, aunque universalmente conocida, no me parece superfluo. Pese a su importancia y fama, Quintiliano es poco leído, quizá como dice Nisard en su edición de las Instituciones (París 1844 *Notice sur Quintilien*) « et cela tient en grande partie à l'indifference generale pour tout ce qui s'appelle rhétorique et poetique ». Para la Pedagogía hay en esta obra algo más interesante que el tecnicismo retórico; pero la síntesis que hace, racional y ordenada de los preceptos hasta entonces inconexos, darían mérito suficiente para prestar el brillo de la gloria a su nombre y a su patria.

Hay algo más que rígido preceptismo en las Instituciones, algo que no puede olvidarse por la frialdad técnica de que pueda estar rodeado.

El mismo sentido moral que penetra cada página, y la exigencia de ajustar conducta e ideas en un afán de perfección, le conceden plenitud pedagógica perenne y le une a una pedagogía cristiana.

La magna ordenación de lo pragmático que Quintiliano acomete es la obra de una mentalidad madura y experimentada que sedimenta el saber técnico y teórico en armazón sólida hasta con aspiraciones científicas. Unamos a ello su valor de crítica de la educación romana y la parte positiva de reforma y exposición de métodos nuevos.

Quintiliano es una figura universal, pero nació en la Rioja; aquí recibió su primera educación, aquí volvió con Galba y hasta es posible que se dedicase a la enseñanza en su propia ciudad natal o en Tarraco durante esta segunda estancia en España.

Calahorra es la patria del más grande profesor de retórica del Imperio.

En este trabajo he seguido la siguiente directriz : Primero, destacar la figura del orador, ideal o meta educativa, aspiración suprema, deber ser, verdad, bondad y belleza. En segundo lugar, la realidad del educando y su conocimiento. Tercero, el paso de la realidad al ideal, métodos didácticos, educación, instrucción, labor docente.

Pero veamos antes si es que ese proceso de lo real a lo ideal es posible deteniéndonos en consideraciones sobre la propia naturaleza humana.

El problema de la educabilidad en M. F. Quintiliano

En la antigüedad clásica se manifiesta un claro optimismo tanto en sus creaciones culturales como en su propio y alegre sentido de la existencia. El antropocentrismo greco-romano y sus refloramientos a través del correr histórico descubren esa confianza y actitud positiva de creencia en la fuerza y bondad natural, en los valores vitales, en la razón y en la acción humanas como motivadoras de un progreso, de unos conocimientos válidos y de unas realidades efectivas.

Sería discutible tal optimismo o al menos se plantearía el problema de limitarle, ya a luz de la revelación que descubre una naturaleza viciada por el pecado original y sometida a fuerzas hereditarias perjudiciales—como lo hará la Edad Media—, ya desde el punto de vista del conocimiento—como lo hará la Edad Moderna—mediante su análisis riguroso al filo de la crítica.

La antigüedad confiada y un tanto ajena, tanto a las agudezas del criticismo moderno negativista, como ignorante de un dogma revelado, resuelve el problema con ligereza, si es que acaso se lo plantea con seriedad, en una afirmación: problema difícil, pues que ligado al origen del hombre y al de la libertad humana hunde sus raíces en lo más profundo del ser y, por ende se convierte en problema metafísico.

Quintiliano hace correr a través de toda su obra y precisamente desde la primera línea como benéfica savia vivificante, esa alegre confianza patrimonio de la antigüedad que se convierte a la vez en valioso estímulo para las finalidades educativas que persigue. Y así mira lleno de esperanza al educando como dotado de una cierta potencialidad, susceptible de perfeccionamiento, de que la naturaleza pródiga le suministra y sobre esa pristina donación ha de elevarse, desarrollarse y sostenerse la labor educativa.

Une así a su confianza en la bondad natural una creencia firme en la educación como perfeccionamiento y cultivo de lo libérrimamente recibido: «Nacido el hijo conciba el padre las mayores esperanzas de él, pues así pondrá mayor esmero desde el principio. Porque es falsa la queja de que son muy raros los que pueden aprender lo que se les enseña y que la mayor parte por su rudeza pierden el tiempo y trabajo, pues hallaremos por el contrario en los más, facilidad para discurrir y aprender de

memoria, como que estas dos cosas le son al hombre naturales » (1).

La naturaleza benévola concede al hombre las aptitudes precisas, las cuales necesitan ejercicio ya que éste es el medio educativo por excelencia, es decir, necesitan aplicarse a sus objetos correspondientes para promover el desarrollo.

Le gusta este pensamiento tan espontáneo, tan natural, porque tan natural es la existencia de la naturaleza a sus seres, como la de la buena madre a sus hijos.

Que el hombre se dedique al estudio enriqueciendo su espíritu, que se eduque, que obre rectamente, que le acompañe la virtud, es para él tan natural como que el pájaro vuele, o el pez nade o que la tierra produzca. Es elegir la mejor y más elevada de las actividades que el hombre puede realizar; pero a la vez esa elección de lo mejor es también por sí mismo natural y de ahí, que el hombre tenga posibilidad para ella como poseedor de una inteligencia para discurrir como el ave tiene sus alas para volar. Y ante una lógica tan sencilla como la que lleva a reconocer la bondad natural y las ocupaciones humanas no deja de asombrarle con ingenuidad el espectáculo social, las manifestaciones torcidas de la bondad convertida en maldad, de la sabiduría falsa de los necios y de los vicios de los pedantes. El moralista por naturaleza no acierta a explicarse la inmoralidad y exclama: « Debería ser más fácil vivir según la naturaleza que contra lo natural » (2). La naturaleza nos creó para el bien—dice el calegurritano—y sobre esta afirmación parece que se eleva la incógnita del origen del mal, pero no se lo plantea explícitamente.

Sin embargo, la perplejidad es superada: esos hombres que siembren en él la duda, ya el malo, ya el incapaz de estudio, el vicioso o el necio, no son lo natural, no constituyen la norma; aquel sano optimismo del principio se nubla por unos instantes sin destruir su fe. Los tales son casos raros, tan raros como los cuerpos monstruosos o gigantescos; son casos particulares, excepciones que de ningún modo destruyen ni quitan validez a la regla general.

En el niño apuntan esperanzas de múltiples perfecciones que la educación tiene la misión de actualizar; si esas potencias emergentes se abandonan se marchitarán, como la planta en eli-

(1) *I. O.* L. I, cap. I, I, pág. 1.

(2) *I. O.* L. XII, cap. XI, II, pág. 361.

ma adverso, pero entonces quien faltó fué el cuidado, quien faltó fué el hombre, de ninguna manera la naturaleza.

Quintiliano tiene fe en la naturaleza y en sus fuerzas; lo espontáneo tiende al bien por sí solo, pero se perfecciona con el ejercicio. He aquí un aspecto importante y por esencia pedagógico, que el retórico insiste en añadir dando un paso decisivo en el peligro que pudiera amenazarle, cual es proclamar a la naturaleza como la suprema maestra y divinizarla con tinte pantefista proclamando la educación negativa, que equivale a falsa, en virtud de un principio en apariencia verdadero e inócuo. Nos sorprende, como otras tantas cosas que un espíritu del siglo I supere el naturalismo y en cambio un siglo XIX cargado de bagaje cultural y experiencia caiga en el materialismo.

Frente a la naturaleza y sus procesos naturales, como continuidad y culminación, pero en orden distinto, el retórico de Calahorra pone ideales y cultivo espiritual y entre la realidad—felizmente buena— y el ideal mejor, localice la labor educativa, de todo punto interesante: «Porque si sólo bastase la naturaleza, ociosa, por cierto, era la enseñanza» (1).

El que las dotes naturales sean lo primero para marcar una pauta educativa no quiere decir que sea lo único, al operar de la naturaleza completa la acción el educador y el personal esfuerzo del educando consciente e intencionalmente dirigido y es la acción conjunta, la razón del perfeccionamiento.

Por ello se plantea y aborde de lleno, qué relaciones existen entre naturaleza y arte, qué papel representan y qué motivos les separan. «Pero una cosa se debe afirmar sobre todo y es que de nada aprovecha el arte y los preceptos cuando no ayuda la naturaleza» (2). El hombre sin ingenio es campo estéril donde todo cultivo es inútil y todo esfuerzo baldío (3).

La naturaleza es buena pero es insuficiente y precisa purificarse en el crisol educativo. «Porque si es necesario cercenar algunos vicios ¿por qué no se ha de conceder el añadir a alguno lo que le falta? Respondo que yo no voy contra la naturaleza en esto; pues no pretendo el quitar y desarraigar lo bueno que

(1) *I. O. L.* II, cap. IX, pág. 94.

(2) Proemio III, pág. 8.

(3) Echase de menos aquí una visión de la educación de anormales a la que la antigüedad es ajena. Los progresos logrados quitan validez a una afirmación tajante como ésta. El anormal, salvo en los casos de idiotez extrema, es educable, si bien sólo en cierta medida.

ella tiene sino aumentarlo y ayudarla en lo que falta» (1). Su admiración por lo natural le lleva a pensar si la educación no será oponerse a ello, algo que viniese a ser antinatural, como dos fuerzas que luchasen disputándose el dominio y entre las cuales existiera repugnancia y contradicción, pero la educación no es ataque a lo natural, ni aun oposición, sino afinamiento y selección: «No obstante hemos de confesar, que el arte roba y cercena algo, como lo hace la lima, con lo que pule; la piedra de amolar con los instrumentos embotados y sin filo; y como el tiempo con el vino; es cierto, pero quita los vicios y todo aquello que se limó con las letras es de tanto menos bulto, cuanto está más acendrado» (2).

De tal manera actúa el arte sobre la naturaleza; sin quitarle el vigor que la caracteriza pero aumentando su gracia y haciéndole tanto más aprovechable cuanto más se afina; y pensar lo contrario sería confundir la fuerza con la habilidad en emplearla, la masa amorfa con el perfil bello. A la manera que los cuerpos sanos y robustos fracasarían en el combate sin el conocimiento de las técnicas de la lucha o el manejo de las armas, así el hombre con facultades sin cultivo no saldría de la torpeza, mientras que la educación le enseñará a manejar esas aptitudes que son las armas de su fortaleza puestas en uso legítimo y perfecto.

Con semejantes razones prodigadas a través de toda la obra, Quintiliano confía y siente la necesidad y conveniencia de la educación; claro está que lo bello y lo útil con frecuencia se mezclan en su ideología, como se mezclan y confunden en toda la mentalidad romana poco apta para los valores, cuyo signo es el absoluto desinterés; pero es ello cosa que trascendental en un tratado de estética queda aquí relegado a segundo término, pues lo que nos interesa es la idea de concebir algo superior a la naturaleza y la posibilidad de acercarla a ello.

Quintiliano cree en la educación: «Vengo bien —dice— en que uno aventaje en el ingenio a otro; pero esto será para hacer más o menos, *más no se encontrará ni uno solo en quien no se consiga algo a fuerza de estudio*» (3). Cree en la educación y en el esfuerzo, hasta el punto que por voluntad de aprender puede sobresalir en aquello para lo cual era menos idóneo.

(1) L. II, cap. IX, pág. 94.

(2) L. II, cap. XIII, pág. 105-6.

(3) L. I, cap. I, I, pág. 12.

Esta afirmación rotunda del poder de la educación me ha hecho calificar a Quintiliano como optimista ante el problema de la educabilidad.

Se dan en pedagogía tres posiciones paralelas a las que se encuentran en teoría del conocimiento. Tales son el pesimismo o escepticismo educativo, el dogmatismo u optimismo absoluto o ingenuo y el optimismo relativo o crítico. Si bien pudiéramos incluir en el segundo la posición del calagurritano al considerar la alegre confianza con que mira la dotación natural y al creer sin ponerlo en problema en el poder de la educación, nos detiene en su ingenuo optimismo la misma demarcación de límites educativos que ya desde el principio precisamente en la naturaleza, apartándose —si bien con casos particulares— de la norma general y destacando luego las diferencias individuales demarcadoras de niveles de perfeccionamiento diverso. No llega por tanto el aludido optimismo a considerar la educación todopoderosa, ni el educador omnipotente como poco más o menos lo declara un Locke, un Leibniz, un Helvetius o los modernos behavioristas con sus risueños mitos.

El orador perfecto, en la tesis del retor, es simplemente un ideal, el maestro capaz de forjarle no sería tampoco otra cosa, los medios de que se valiese siempre serían susceptibles de crítica y por tanto su optimismo deja de ser ingenuo al entreverse este apuntar de fronteras insuperables por parte del educador, del educando y de los medios.

Bien es cierto que no ahonda en el problema con la agudeza de ulteriores replanteos de mentalidades alambicadas y sutiles pero nos afirma la posibilidad de modificación en el ser humano y con ello la posibilidad de la educación.

El pesimismo general y angustioso de un Schopenhauer, cuya raigambre fatalista tiene fuerte sabor oriental, está muy lejos del espíritu del retórico y ni remotamente se le plantea. Late en sus páginas la afirmación rotunda del resorte educativo y la labor positiva y real como maestro de la juventud romana, anhelando vitalizar la educación decadente y verbalista de su época, son otros tantos alegatos de creencia firme y veraz en lo que no es ninguna hipocresía.

Limita su optimismo cuando lejos de proclamar la pasividad del maestro como mero guardián de procesos naturales, propugna su acción eficaz hacia moldes e ideales racionalmente elaborados, y ve la eficacia educativa precisamente en la interferencia entre lo que el alumno trae consigo en su interior y los

conocimientos y guía que le proporciona, con lo cual toma un criterio integral de valoración de fuerzas internas o hereditarias y ambientales.

Es optimista en educación desde el momento que ve en el hombre posibilidad de perfeccionamiento desde la cuna al sepulcro y lo es también al aceptar la vieja ecuación socrática que identificando virtud y sabiduría mantiene como posible el aprendizaje y aumento de tales valores por el estudio, ya que para Quintiliano, como para Sócrates, la virtud es enseñable y perfeccionable; salir de la ignorancia es alejarse del vicio y así el orador perfecto y sabio es el orador virtuoso y su elocuencia está en correlación con sus virtudes siempre capaces de incrementarse sin que el proceso de perfeccionamiento se agote, sino potenciando su eficacia y valor moral.

ROMA Y LA ORATORIA

Importancia del lenguaje a través de M. F. Quintiliano

En la universal apreciación de la humana facultad del lenguaje si tratásemos de colocar algún pueblo representativo y que lo cultive con el más elevado deseo de perfección hasta llegar a constituir para él la manifestación más clara de lo propiamente humano, no andaríamos errados al conceder ese lugar preferente al romano, pues que viene a ser el nervio de su vida y arma tan poderosa como sus ejércitos, en las aspiraciones cosmopolitas de unificación y compenetración entre los hombres y los pueblos, objetivo transcendente de sus conquistas.

El genio estético y filosófico de Grecia, la alta especulación y su juvenil carácter no encuentra eco en la concepción romana de la vida orientada según un acusado practicismo.

A la mentalidad latina y a la helena las separa sus respectivas psicologías, bruscamente dispares ante el concepto utilitario característico del romano que no llega a penetrar jamás en las grandes elucubraciones hijas de una finura y elegancia de espíritu que no posee el latino. Por ello precisamente cuando Roma es conquistada culturalmente por Grecia, la cultura helena se deforma o lo griego queda sobre lo romano sin asimilar, yuxtapuesto como algo visiblemente postizo y afectado.

El centro de Roma es la vida política, la vida de relación y organización social en los territorios propios y en los asimilados, su gran preocupación e interés, es la legislativa, adminis-

trar justicia, que es la gran virtud colectiva a fin de cuentas no otra cosa que la ampliación del concepto de obediencia la gran virtud individual. Obediencia al padre y obediencia al Estado es lo mismo cualitativamente, diferenciándose sólo en la extensión. Interesa al romano lo que tiene finalidad concreta y que pueda proyectarse en visible mejora individual y social, en una palabra lo que es útil, que reporta ventajas aunque no venga acompañada de una sólida fundamentación teórica o aparatoso edificio racional. Realista y práctica, busca lo concreto, externo, material y positivo, presentándose como pueblo experimentado y poderoso, de madura mentalidad y poseedor de grandes medios, pero sin aquella elevación en sus fines, que como pueblo teórico normativo caracteriza a Grecia.

Campeños y soldados constituyen la primitiva sociedad romana, hombres de acción antes que de reflexión; la justicia en su doble aspecto de reconocer derechos y exigir deberes es su preocupación esencial la agricultura, la guerra y la política, son por tanto, los pilares de la vida romana y su fundamentación como deberes y derechos persiguiendo de la virtud prominente, cual es la justicia, nos da ya pie para considerar la valoración de la oratoria, que por supuesto estará al servicio de esa aspiración equitativa.

Por todo ello en el pedestal de la cultura romana no encontramos como en la griega un gran poema épico sino una regulación. La Ley de las Doce Tablas es el primer monumento literario del Lacio, y el primer libro escolar, base de la sociedad romana en todo un milenio: «Roma no ha escrito más poemas que el poema jurídico ni ha inventado más filosofía que la razón escrita en sus leyes», dice M. y Pelayo (1).

Al enfrentarse Roma con la filosofía griega inicia una labor vulgarizadora de la misma, la democratiza, la trae al mundo para ella real tomando los principios susceptibles de proyectarse y fortalecer su concepción práctica de la vida. Así como Grecia es el triunfo de la gracia y de la libertad espiritual (2). Roma lo es de la ley y de la utilidad en pro de la cual coloca la oratoria.

La elocuencia es un gran poder para el romano, y las más destacadas personalidades la tendrán como el más precioso don

(1) Menéndez y Pelayo. *Historia de las ideas estéticas en España*. cap. IV, pág. 111. Madrid (C. S. I. C.), 1940.

(2) Vid Davidson, *La educación del pueblo griego «Ciencia y Educación»*. Madrid 1914.

de que el hombre dispone: «Roma sin elocuencia sería como un cuerpo sin alma; el romano no podrá imaginar un arte más útil, más digno, más bello para Roma ni más ilustre para el Imperio» (1).

En la elocuencia descansará su vida política, será el centro de su cultura y todos los otros saberes serán meros servidores que abrillantarán la gloria y mérito supremo de la verdadera elocuencia:

«Aspiremos, pues, con todo empeño a la majestad misma de la elocuencia, que es la cosa mejor que los dioses inmortales han concedido a los hombres y sin la cual todas las cosas serían mudas, estarían sepultadas al presente en las tinieblas y de ninguna se tendría noticia en la posteridad y pongamos continuamente todo nuestro esfuerzo por perfeccionarnos enteramente en ella y haciéndolo así o llegaremos al más elevado grado de perfección o, a lo menos, veremos muchos inferiores a nosotros» (2).

Por la elocuencia, pues, se llega al más alto grado de perfección porque es en ella donde el idioma alcanza las formas más bellas y desde las cimas de la belleza y de la persuasión se logra el dominio de las pasiones propias y ajenas encauzándolas por caminos rectos.

La elocuencia es la culminación de la retórica y la plenitud de la oratoria. Sublimaciones del lenguaje como compendio de todo lo humano.

No nos extrañe que las Instituciones comprendan tanto elementos de preceptiva como crítica literaria, como teoría del lenguaje, tratado de gramática y didáctica fundamental, constituyendo una síntesis máxima en torno a la palabra y por excelencia a la palabra bella como transmisora del pensamiento, digna compañera de la verdad y la justicia en ese sentido elevadísimo que tiene para el romano.

Porque en el culto del romano a la oratoria hay un extraño matiz de fría sensibilidad que resulta casi impropia de la energía proneteica de los conquistadores del mundo, una sensibilidad semejante a la del griego para el arte, o la del egipcio ante el misterio de la eternidad o la del pueblo hebreo en la religión.

El romano intuye en la palabra poderes extraordinarios y

(1) Dolç Miguel. *M. Fabio Quintiliano. Institución Oratoria.* Libro Décimo. Barcelona 1947. Introducción pág. 42.

(2) L. XI, cap. XI, II, pág. 365.

los identifica con la fortaleza humana y al elevar en grado supremo el valor del lenguaje eleva a toda la humanidad con ello, y si acaso la belleza en sí misma de la elocuencia no le pareciese suficiente la completa con la utilidad que reporta y con la virtud que su perfección implica.

Abiertamente la facultad de pensar separa al hombre del resto de los seres, la «hominidad» reside en la razón, en el pensamiento, pero ¿qué sería éste sin la palabra? Algo como un tesoro inútil o un valor escondido. No es extraño que Quintiliano nos diga: «Y por cierto que aquel Dios, primera causa de todas las cosas y autor de todo el mundo, por ninguna otra cosa distinguió más al hombre de los irracionales y mortales brutos que por la facultad de decir» (1). Sólo al hombre le es dado expresarse por palabras y nada hay tan noble como la facultad de hablar. Y la educación romana pone por eso todo interés, delicadeza y cuidado en la enseñanza del lenguaje. Es la palabra el don máspreciado, el vínculo más directo entre Dios y los hombres.

Es curioso que precisamente en este pasaje, al hablar del idioma, Quintiliano se expresa en términos de creyente en «aquel Dios, primera causa de todas las cosas y autor de todo el mundo».

Palabra y pensamiento no pueden separarse, van hermanados como la palma y el envés de la mano, substancialmente fundidos, como si fueran una misma cosa contemplada desde dos posiciones distintas. A fuerza de necesitarse mutuamente se identifican y así el hablar es dar salida al pensamiento, hacerle visible, traerle a la vida real, socializarle, *utilizarle*; la palabra es el lado visible del pensar, el molde que le sensibiliza para ser capaz de aprovechamiento.

Si acaso palabra y pensamiento se separan, aquella queda vacía, hueca, aislada y perdida; frío armazón que nada nos dice, pura logomaquia que luchando en el vacío busca inutilmente un punto de apoyo y aumenta su complicación y artificio vano. Nada más lejos de la elocuencia, nada más inexpressivo y artificioso.

Quintiliano contempla indignado la decadencia oratoria de su época; la enseñanza absurda que los maestros dan, el verbalismo de las escuelas, las falsas discusiones sin sombra de realidades, el afán estilístico de los oradores, el preciosismo

(1) L. II, cap. XVII, II, pág. 119.

empalagoso de sus discursos, la pérdida de vigor con sus oraciones. . . y es como mirar un pueblo que se deshumaniza, claro exponente de una sociedad viciada que desciende en la escala axiológica y permite el enbotamiento de la facultad más excelsa.

Es como un pueblo que vocifera y que sin embargo es mudo, pero que procura esconder su defecto en la hinchazón del lenguaje, seco en su raíz sin la vitalidad del pensamiento. Palabra y pensamiento son estériles por sí solos, sólo en su fusión esencial dignifica al hombre, porque es su unión la que da solidez, puesto que son complemento.

La lingüística, como filosofía del lenguaje, es del siglo pasado pero de un modo asistemático viene forjándose desde antiguo: el lenguaje más que un producto es una actividad creadora. Humboldt es el verdadero creador de esta filosofía del lenguaje.

Si ponemos a la luz de las innovaciones las ideas de Quintiliano y su concepción oratoria —que al fin no es sino la concepción de todo un pueblo— encontraremos toda una serie de brillantes sugerencias sobre este tema moderno.

Si bien no tiene las sutiles especificaciones de un Saussure o de Delacroix, no le falta en cambio una profunda penetración en muchos de los problemas que se debaten. Deducimos de sus consideraciones que Quintiliano valora el idioma mucho más sólidamente que los que le asignan un mero papel instrumental, pues al fusionarle con el pensamiento viene a concederle potencialidad creadora.

Los fines que la Pedagogía moderna propone en el lenguaje son atendidos puntualmente en esta concepción (1). Distingamos un fin material suministrando al alumno conocimientos útiles para su aplicación mediata o inmediata a la realidad vital. Un fin formal como perfeccionador de aptitudes y orientado a la inteligencia general con cuyo ejercicio se fortalecerá poniéndose en condiciones óptimas de aplicación a situaciones particulares.

Un fin y transcendencia ontológica basada en la búsqueda de una plenitud de sentido en esa unión fundamental entre palabra y pensamiento como exponente de verdad.

Fin o transcendencia psicológica. Bastará decir que en especial el libro VI de las Instituciones es una verdadera psicología de la oratoria: «como medio de manejar a su antojo los ánimos de los jueces»... «esto es lo que sostiene la oratoria» (2).

(1) Zaragüeta. *Pedagogía fundamental*.

(2) L. VI, cap. II, I, pág. 320.

Y como involucrador de todos ellos un fin y transcendencia social: para Quintiliano la oratoria es la gran civilizadora del mundo, la salvadora de la patria en los momentos adversos, la directriz de la sociedad como bandera de la justicia, el gran don divino, la reina de las artes como la llamase Eurípides, la gran rectora social.

Los fines ético y estético los lleva asimilados e inseparables si es que es verdadera oratoria.

Tal es el lenguaje para el romano y para Quintiliano en particular, guíale una intención de perfeccionamiento y esta intención dirigida a algo que es específicamente humano, lo más propiamente específico, es por tanto una intención pedagógica, desde el momento que la educación no tiene otro objeto sino llevar las facultades específicamente humanas a su estado más perfecto actuando para ello intencional y conscientemente.

Semblanza del orador

Vir bonus docendi peritus

CATÓN

Buscando ideales orientadores en la función magistral, interesa a la Pedagogía recoger el modelo resultante de la concepción de nuestro retórico poco aprovechable y digno de interés como se manifiesta en las propias palabras de Quintiliano: «El orador, pues, para cuya instrucción escribo, debe ser como el que Catón define: Un hombre de bien, instruido en la elocuencia» (1) definición que trasladada al campo pedagógico vendrá a convertirse como expresión de la imagen del maestro en «vir bonus docendi peritus».

Sigamos a Quintiliano en sus aclaraciones sobre lo que él entiende como hombre bueno y las condiciones y exigencias que tal apelativo implica. Tal es la importancia de su bondad en la persona del orador que resulta ser la primera condición, el requisito imprescindible y fundamental, la circunstancia «mejor y mayor» desde el momento que si acaso ella faltase, la elocuencia en lugar de ser una virtud, constituiría el peligro más temeroso para la humanidad entera pues su posesión equivaldría a disponer la más eficaz de las armas en manos de seres indeseables.

(1) L. XII, cap. I, I, pág. 287.

Pero se da una circunstancia especial que viene requerida por la perfección de la oratoria: «Más adelante pasa mi modo de pensar. Porque no solamente digo que el que ha de ser orador es necesario que sea hombre de bien, sino que no lo pueda ser sino el que lo sea» (1). Se da la circunstancia de que el buen orador necesita imperiosamente la virtud, es imposible que sin ella se dé la elocuencia con aspiraciones de perfección, es imposible una escala axiológica que identifique dos valores opuestos; los valores se polarizan y el orador no puede armonizar en su corazón el bien y el mal, no puede fusionar el amor y el odio o el vicio y la virtud.

Si el orador es varón razonable tiene que amar esa virtud y si no la ama es que sus facultades estarán nubladas por el vicio o embotadas en la ignorancia en cuyo estado mal le podemos designar como orador perfecto. El necio y el ignorante pueden albergar la maldad; pero no el hombre recto y sabio.

La filiación socrática está lo suficientemente clara para no detenernos más en la idea que le guía. Pero sigue como nuevos argumentos. ¿Puede agrandar a un alma viciada el estudio y más aún, el estudio de las materias más excelentes? Tal trabajo requiere calma y serenidad espiritual, requiere templanza, y lo mismo que las tentaciones y los placeres, el poder de las tendencias distraen al cuerpo y le apartan de la moderación, los vicios inherentes a la ignorancia —avaricia, envidia, crueldad— zarandean el espíritu y en ese estado zozobranante no pueden tener cabida las letras; su resultado sería nulo. «No otro ciertamente que tiene las mieses en una tierra llena toda de abrojos y de zarzas» (2).

Aun suponiendo al malo dotado de ingenio y con inclinación al estudio —sigue diciendo Quintiliano— ¿acaso podrá atribuírsele la perfección? No: «Pues luego jamás pudo verificarse que un mismo hombre, siendo malo, sea perfecto orador. Porque no es perfecta una cosa, cuando hay otra mejor que ella» (3).

Sin embargo supóngase que oculta hábilmente su auténtica persona y aparece bueno en su aspecto externo, ¿gozará de tal fama? De la misma manera que la razón y la voluntad no imperarían sobre sus apetitos, así en sus defensas le rodearía

(1) L. XII, cap. I, I, pág. 288.

(2) L. XII, cap. I, pág. 289.

(3) L. XII, cap. I, pág. 289.

siempre una desconfianza de sus propios argumentos y la debilidad y la duda le llevarían a la incredulidad y al fracaso. Cuando «las palabras desmienten al corazón» lo fingido se hace visible y la más estudiada elocuencia no tiene la suficiente fuerza para sostenerse sin desmayar, máxime cuando para conocer dos cosas opuestas nada hay mejor que ponerlas frente a frente y así la maldad se hará visible frente a la elocuencia, expresión de lo óptimo.

Finalmente, es cierto que lo mejor y máspreciado de la naturaleza es la elocuencia y que no puede estar acorde con los errores del entendimiento pero si llegamos a suponerlo por un solo instante, si llega a ocurrir que la elocuencia tolera el error, que el malo convenza con sus palabras, que consiga engañar con sus razones falsas y con sus aparentes virtudes, si tal elocuencia fuese la mejor «si esta facultad se encuentra en los hombres malos, la misma facultad debe igualmente refutarse por vicio porque ella hace peores a aquellos en quienes de halla» (1).

Tales argumentos y valoración ética primordial que hace del orador como persona por esencia moral, mas la visión de la trascendencia de su poder persuasivo incrementa el interés pedagógico en las semejanzas del orador y el maestro y la posibilidad de unir ambas personalidades con las restricciones específicas consiguientes.

Y es ello algo realizado por el mismo Quintiliano, quien trasfiere las cualidades morales del orador al hablarnos concretamente del maestro en los distintos grados de la enseñanza, al que quiere virtuoso y equilibrado, de cultivada inteligencia y lenguaje escogido. Lógicamente ha de ser así, si consideramos la responsabilidad de su labor y las consecuencias buenas o malas que de la misma han de desprenderse para la vida del alumno y para la colectiva en general o la serie de condiciones que han de asistirle para que su espíritu sea idóneo a la labor docente ya en disposiciones de higiene mental, ya en el dominio de las técnicas y conocimientos indispensables.

Interesa conocer la semblanza del buen orador cuando se quiere bosquejar la del buen maestro, y nada más sugerente a tal respecto que las exigencias éticas que Quintiliano propone, inspiradas en veinte años de práctica enseñante y toda una vida de preocupaciones oratorias; experiencias que sostiene —como firme basamento— el magnífico ideal del orador perfecto.

(1) L. XII, cap. I, IV, pág. 295.

Para dotar al orador de los conocimientos precisos y sostenerle al cultivo espiritual que Quintiliano cree conveniente, le propone un plan de estudio y un «sistema» educativo en el que figuran una multiplicidad de materias que dilatan el horizonte cultural reconocido hasta su época como necesario para la oratoria.

El hecho de empezar la preparación desde la cuna y seguirla a lo largo de toda su vida, la diversidad de materias y, sobre todo la sólida formación moral que requiere, implican una actividad grande y extensa que no le pase desapercibida; es esta trascental innovación donde radica lo más importante de su obra al colocar en primer lugar la formación del hombre bueno por encima de los profesionalismos, de los conflictos y de los intereses egoístas: «En tan inmenso mar sólo me parece que veo M. Tulio, el que sin embargo de haber entrado en él con seguridad, recoge velas, deja los remos, y se contenta al cabo con enseñar qué género de decir ha de usar el ya perfecto orador. Pero mi tenacidad se esforzará a tratar también de las costumbres que debe tener y determinar cuáles son sus propias obligaciones. De esta manera no pudiendo yo igualarme con el que antes que yo ha tratado la materia, me veo sin embargo en la precisión de pasar mucho más adelante como el objeto que me he propuesto lo requiere» (1). La formación del orador perfecto es empresa larga y difícil, puesto que precisa una gran cantidad de estudios y los mejores maestros. No basta con instruirle sólo en lo que propiamente pertenece al foro, como un profesional más de la abogacía, sino el cultivo completo de su ingenio, adornado de todas las artes y de tal modo perfecto destinado a la defensa de los hombres «que en ningún tiempo haya habido otro semejante, de un mérito singular, perfecto por todos lados, que tenga los mejores pensamientos y un modo de decir el más excelente» (2).

Ha de estudiar de todo porque ninguna cosa es ajena a la oratoria y como el buen orador no se improvisa, su preparación empezará desde niño para afirmar bien los principios, razón por la cual Quintiliano se preocupa de la educación de la infancia y da todo el valor pedagógico a las Instituciones.

Reacciona contra los que emplean la oratoria para la torpe ganancia, comercio vil que subordina lo espiritual a lo material

(1) L. XII, Proemio, pág. 280.

(2) L. XII, cap. I, III, pág. 295.

evocando de nuevo la posición socrática frente a la sofística y moral. El fruto verdadero del orador no es el salario del abogado sino el placer íntimo, el deleite del alma en la contemplación de lo perfecto contra lo cual nada puede compararse. Contra ello está la desidia humana ya, que sólo por el estudio se llega a la sabiduría.

Y en nombre de la oratoria protesta con energía contra los filósofos que han pretendido ser ellos los únicos virtuosos y sabios, y se han colocado el título de amantes de la sabiduría, a lo cual no se atrevieron ni los mismos emperadores, que presumen de haber monopolizado el saber y la virtud: «Nunca concederé que eso de vivir bien y honestamente se ha de dejar, como algunos pretenden, para los filósofos» (1). El orador es hombre sabio y es filósofo ¿cuál es el motivo de semejantes disensiones? El abandono lamentable de los oradores en sus estudios, el olvido de las buenas costumbres, la separación inconvenientemente de filosofía y oratoria. Ello hizo considerar a la filosofía con vitalidad propia y a los filósofos se los tuvo por sabios sin ser elocuentes.

El riojano quiere volver a establecer la verdadera oratoria, y es grande su indignación al encontrar esta reina de las artes pordiosera de la Filosofía solicitando de ella preceptos que siempre la han pertenecido. «Ahora se hace preciso recurrir alguna vez a aquellos autores que se apropiaron como llevo dicho una parte de la oratoria, y lo mejor, que estaba abandonada y pedirles lo que en cierto modo es nuestro: esto no para valernos de lo que inventaron sino para hacer ver que se aprovecharon de invenciones ajenas».

El rétor tiene pocas simpatías a los filósofos que no están en el campo de la oratoria, no sabemos si se refiere a alguna secta en particular, o si lo que intenta es halagar a Domiciano que los desterró de Roma. Lo cierto es que tras reconocer que a veces enunciaron preceptos virtuosos y hasta vivieron con arreglo a ellos, en su época los acusa de poco morales: «en nuestros días bajo la capa de este nombre de sabios se encubrieron vicios muy enormes en la mayor parte de los profesores: porque no procuraban ser tenidos por filósofos por la virtud y letras, sino que con el velo de un semblante tétrico y vestido diferente de los demás, encubrían sus costumbres estragadas» (2).

(1) Proemio II, pág. 4.

(2) Proemio II, pág. 5.

Quintiliano sospecha que los tétricos y barbudos filósofos de su época se sirven del mito de su sabiduría para encubrir sus vicios, como se servían de las capas en uso para tapar sus cuerpos. Y arrebatado de animadversión a la vez que esgrimiendo su practicismo dice en el libro XII. «¿Cuál de los filósofos asistió puntualmente a los tribunales o se hizo célebre en las juntas del pueblo? ¿Cuál de ellos, finalmente, se empleó en el gobierno de la república cosa que la mayor parte de ellos encarga que se evite? Mas yo pretendo formar en el orador, que instruyo, un sabio romano que, no en las privadas disputas, sino con la experiencia de las cosas y con sus acciones, se porte como un hombre verdaderamente civilizado» (1).

El orador necesita de la filosofía, le son precisas muchas de las sentencias que se hallan en los libros de los filósofos, «obras nuestras» insiste el calagurritano, por lo que, no se trata de pedir ayuda ni préstamos sino lo que pertenece a la oratoria. ¿Acaso el orador no trata de los temas que la filosofía se quiere reservar? ¿Acaso no se ocupa de la justicia, de la fortaleza, de la templanza, de lo bueno y de lo bello...? Necesita la lógica que señale el error y se liga estrechamente con la gramática y la física, porque el orador ha de conocer las cosas divinas y humanas y hablar de cada una con el espíritu apropiado, y la ética que comprende las normas prácticas. No hay discurso oratorio que no se relacione con estas partes de la filosofía y que no exija el apoyo de esos conocimientos: «Porque una locuacidad destituida del conocimiento de esta ciencia, preciso es que vaya errada del quien carece de quien le dirija o se gobierna por cosas falsas» (2). Mas no se crea que por ello el orador ha de someterse a las leyes de los filósofos; sin embargo elegirá los mejores preceptos y por hallar todo aquello capaz de transformar el corazón, estudiará filosofía, como historia, religión o derecho.

Dispondrá también de determinadas prendas que le van a ser muy necesarias: facilidad de palabra, buena disposición, excelente retentiva, voz armoniosa, gracia y magestad en su figura; pero, sobre todo, «grandeza de corazón a la que ni el temor abata, ni el ruido de las voces amilane ni la autoridad de las gentes detenga más de lo que requiere el respeto que se merecen» (3). Copiando en su propia personalidad y fortaleza

(1) L. XII. cap. II, pág. 302.

(2) L. XII. cap. II, II, pág. 305.

(3) L. XII, cap. V, pág. 314.

vencerá, aunque la timidez la entorpeciese o los efectos amenazasen forcer sus intenciones.

Perfecto conocedor del idioma destacará sus ventajas y mitigará los defectos; si el griego es más útil y delicado, ello lo suplirá el nervio robusto de la expresión latina, el mayor ingenio suplirá la menor facilidad para las cosas menudas de que el latín adolece; «ellos (los griegos) tienen la facilidad de atreverse por cualesquiera bajíos, yo me apartaré mucho de la costa y hallaré medios para que mi navecilla no se vaya a pique» (1).

La pericia, virtudes y sabiduría del orador le salvarán de los peligros de su misión.

¿Cuándo empezará su actividad como orador, esto es, la defensa de pleitos? Algunos lo hicieron muy jóvenes: Demóstenes, César, vistiendo aún la toga praetesta. Quintiliano no quiere precipitaciones. Cuando ya su inteligencia esté en posesión tanto de los preceptos de la oratoria como de los ejercicios convenientes, cuando haya sido el tiempo suficiente espectador de la realidad tumultuosa de la curia y escuchado a los grandes maestros de la elocuencia, cuando tenga la necesaria entereza de ánimo empezará por causas fáciles que, a manera de ensayos, de su seguridad y fuerzas, le abrirán el camino a la gran misión de su vida.

De la misma manera buscará el momento oportuno de retirarse y poner fin a su carrera como hombre de bien sin menoscabar la fama conquistada. La vejez no es propicia a la oratoria. La voz ha perdido frescura y armonía, la fatiga roba brillantez a la peroración y la gloria peligra por prolongaciones inútiles: «Por lo que el orador antes de dar en estas celadas de la edad, tocará a la retirada y entrará en el puerto con su nave sin haber padecido descalabro» (2). Pero si aun entonces dejara de producir fruto la formación que recibió, gustará y deberá dedicarse a escribir la historia de su época, o a tratados de moral o elocuencia. Abrirá las puertas de su casa a la juventud estudiosa y les instruirá como un padre o como el viejo piloto cargado de experiencia, que sabe cómo se conduce la nave librándola de la tempestad.

A ello le impulsará el amor a la humanidad y a aquella profesión en la que ha destacado y cuya decadencia no puede permitir. Postreras ocupaciones, que harán su felicidad cuando

(1) L. XII, cap. X, II, pág. 545.

(2) L. XII, cap. XI, pág. 558.

ya su reputación está a salvo y la veneración pública le rodea.

Tan brillante trayectoria puede lograrse —dice en sus exhortaciones a la elocuencia— por el estudio. «Basta para estimularse al estudio, el saber que no hay repugnancia en que podamos hacer lo que hasta ahora no se ha hecho; siendo así, que todas las cosas grandes y admirables que en el día hay, hubo algún tiempo en que fué la vez primera que se hicieron» (1).

Se pide mucho a través de su obra, pero dada la grandeza de su objeto todo lo justifica, y por tan alto premio nadie escatimará esfuerzo a la manera de sentir del rétor. El fundamento del aprender es la voluntad de hacerlo, ella allana el camino que parecía tan áspero, ella acorta la distancia entre el ser y el deber ser; el orden, la razón y el método ahorran tiempo, el deseo de una vida honesta y digna estimula al trabajo, el ejercicio fortifica el ánimo y la tendencia a la felicidad infunde aliento.

Tal es el camino del orador perfecto; hermoso ideal que no tiene que abandonarse nunca, porque «los que se esfuerzan por llegar a lo sumo, se remontarán mucho más que aquellos que desesperándose de llegar donde pretenden, no se levantan un palmo de la tierra» (2).

Y Quintiliano, el gran moralista riojano, espera el advenimiento del orador perfecto con la confianza de un iluminado; espera días de gloria para la oratoria, la reina de las artes y para su orador, el superhombre en virtuosismo lingüístico, expresión de la vida creadora del espíritu.

Enseñanza pública

Todo el capítulo 2.º del libro primero de las *Instituciones Oratorias* lo dedica Quintiliano a hacer una larga defensa y apología de la enseñanza pública. Si pensamos en aquel elevadísimo concepto que el romano tuvo de la familia, como núcleo básico de la sociedad, aquella pureza de costumbres hogareñas que acreditan el período de la monarquía y persisten hasta bien entrada la República, si pensamos en ello, la defensa de escuela pública no parece un tanto paradójica sobre todo en sus primeros grados. Tradicionalmente la educación del niño fué familiar

(1) L. XII, cap. XI, pág. 364.

(2) Proemio II, pág. 7.

y privada, el Estado respeta los derechos naturales del padre y sólo cuando el niño ha vestido la toga praetesta, sólo entonces la preocupación docente «oficial» adquiere algún interés.

Los padres educan a sus hijos asegurando así la permanencia de las virtudes raciales y cumpliendo una tradición sagrada. El pater-familias es el jefe absoluto, la figura preminente del hogar romano, su autoridad indiscutible, se impone sobre los suyos; pero sin embargo el abuso ignominioso de tal autoridad, de la patria potestad (sui juris) también lo rechazan las leyes, sagradas e inapelables y la religión, con sus cultos a la dignidad familiar (manes, lares y penates) y los censores lo critican como vigías que son de la moralidad.

Junto al padre está la figura venerable de la matrona romana, que por sus propias virtudes conquista junto a su marido una autoridad semejante, prelude de la madre cristiana, son mujeres tan famosas como Cornelia, la madre de los Gracos y de Octavia, la hermana de Augusto, figuras admirables y harto conocidas.

Interesa este conocimiento de la casa romana, porque ayudará a explicar ciertos cambios en la educación, fijando en ella la atención con aspectos distintos a como lo había hecho hasta entonces, y esos cambios se producen en parte por las modificaciones que en el hogar se verifican.

Hasta casi finalizar el siglo III, los lazos religiosos y la fuerza de la sangre sostienen la familia romana como modelo de virtud. Los censores atacan las pequeñas faltas y los Lares y los Manes son fielmente venerados. Pero a partir de la fecha indicada, se inicia una alarmante relajación moral, los padres empiezan a no querer encargarse de la educación de sus hijos y para ello toman preceptores o los mandan a las escuelas; que estaban pobres y no se destacaban tampoco en su moral.

La conquista de Grecia es el avance rápido hacia la total postración en cuanto que acentúa sutilmente estas primeras manifestaciones de indolencia.

Ciego el romano para captar la cultura griega en todo su sentido y profundidad, la acomoda para sí en forma de lujo y refinamiento degradante. El buen ciudadano que hasta sacrificaba sus quehaceres públicos, para dejar tiempo a su labor educativa, recoge la costumbre griega de entregarlos a un esclavo (pedagogo) para que los cuide y enseñe, descargando así en otro el peso de tal ocupación y responsabilidad.

En vano los censores alzan su voz dolorida contra el epicu-

reismo invasor; el hogar romano se desmorona; el padre se convierte en tirano doméstico y la matrona abandona el lar y se rebaja en impúdica ostentación.

El templo de Vesta quedó desierto.

No se le escapaba al retórico hispano el verdadero estado de cosas, por cierto más agudizado que corregido en sus días, bastábale contemplar la sociedad que le rodeaba; y sin embargo con la llegada de profesores griegos y el entusiasmo por la cultura, las escuelas empezaron a multiplicarse tanto que llegó un momento en que los emperadores ordenan el régimen educativo y sistematizan la instrucción. Hasta ese momento las escuelas eran de carácter privado, estaban en casas particulares o en el cruce de las calles (tri-viales) o en el pórtico de los templos, y ya antes del siglo III debieron existir, aunque Plutarco fija hacia su mitad las primeras aperturas.

Mas la enseñanza que en ellas se daba y los métodos empleados no agradan a M. Fabio, ni tampoco la atmósfera moral que los alumnos respiraban. «Su penetrante mirada descubría perfectamente los vicios de la instrucción y educación de su época para corregirlos; estaba perfectamente enterado del desarrollo, necesidades, flaquezas e ideas de la juventud y métodos de enseñanza» (1).

Pese a estos defectos y precisamente por ellos, Quintiliano quiere la renovación en la enseñanza, pero defiende la instrucción pública sobre la privada y como se acusase a las escuelas perjudiciales en su moral para la juventud, el rétor dirige esa acusación a las familias que educan a sus hijos entre gustos y riquezas: «hacerse costumbre de esto y después de su naturaleza. Así es, que siendo ya disolutos y viciosos, no aprenden el vicio en las escuelas, sino que lo llevan de las casas» (2). Protesta contra la injusticia con que se trata a la enseñanza pública y sin ocultar los innegables defectos, destaca con empeño las ventajas que también encierra.

Puede considerarse la defensa, que Quintiliano hace de la escuela pública, desde dos puntos de vista: uno, desde el moral y cultural; otro, el específicamente pedagógico.

¿Qué será preferible —se pregunta— retener al niño en la casa o mandarle a la escuela pública al cargo de un maestro?

(1) Carderere. *Diccionario de Educación*, tomo IV, página 428. Madrid 1886.

(2) L. I, cap. II, I, pág. 25.

El decidirse por la escuela, no es ajeno al criterio que ya los grandes pensadores y reformadores anteriores habían propugnado.

Como siempre, no aparece Quintiliano como hombre original, sino como un sereno recopilador de la ingente cantidad de material, de experiencias y de ideas que su estudio incansable le presenta.

Reconoce el derecho paterno de elección de educadores para los hijos y la libertad de enseñanza. En disposición de tal derecho, el padre buscará la mejor escuela y el maestro más virtuoso, de manera que lejos de ser lugar de corrupción el contacto con los compañeros y la total unión escolar, sea fuente de bondad y mejora en su formación, y maestra de bien vivir, más importante esto que la misma elocuencia: «Hacerse costumbre de esto y después naturaleza»—dice—frase que repetida con frecuencia en la obra es un insistir en la importancia del hábito que encarna como una segunda naturaleza. Que ésta sea la antítesis de la primera no nos convence tanto como considerarla cual una culminación o grado de perfección mayor que aquélla, lo que explicita al educador como artista, obra de arte la labor educativa y taller de hombres la buena escuela. Es de reconocer el valor pedagógico del hábito antes bien que sumirnos en el negativismo, es propio que un buen creyente del poder de la educación haga hincapié en su utilización y eficacia.

La educación colectiva promoverá costumbres nuevas y buenas para la futura vida social, de la que es a manera de ensayo localizado a la mitad del camino entre familia y sociedad. Ábrese la tendencia socializante de la escuela pública, reflejo sencillo de la vida real en comunidad.

También esa función de los conocimientos adquiridos presenta alguna ventaja la enseñanza colectiva sobre la enseñanza individual: «porque no sucede con la voz del maestro lo que en un convite, que cuantos más son los convidados toca a menos, sino como el sol, que siendo uno sólo a todos alumbrá y calienta igualmente» (1). La multiplicidad de alumnos en los justos límites no empobrece el aprendizaje.

También agrada al maestro la pública concurrencia, le anima y aumenta la elocuencia, se hace su oración más sólida, más espontánea y persuasiva, porque el ánimo, que ante un solo alumno se ve afectado por una especie de rubor o embarazo que

(1) L. I, cap. II, I, pág. 24.

impide la manifestación elocuente, sale de su aislamiento y se explaya excitado por la presencia del auditorio. Otra cosa perjudicará al orador futuro, hombre de causas públicas que ha de estar acostumbrado a las reacciones colectivas, conocerlas y saber provocar el interés en los oyentes. Tiene que conocer cuán grandes son los cambios de estimación, qué repercusión en la sensibilidad originaría la presencia de muchos, cómo cambian las cosas al pasar de la soledad a la pública contemplación, qué distintos son los sentimientos y las emociones. Así tratando Quintiliano los hace pensar lejanamente en la moderna *psicología de las masas* del sentir colectivo, alma colectiva y otros términos ahora en uso. En rigor época de masas humanas era aquella, pues, la Ciudad Imperial se estremecía con el grito de un pueblo inmenso turbulento y con frecuencia tiranizado: pero su objeto es solamente llamar la atención sobre la gran diferencia entre la vida íntima y la vida en común para advértirselo al orador que bruscamente sentirá el choque de lo colectivo en las contiendas del foro.

Esta preparación general para la vida colectiva que la escuela pública proporciona, vida real que espera al niño bien distinta al silencio del hogar; proclama ya con ello la superioridad sobre la enseñanza individual. Pero señala además Quintiliano otra razón fundamental. Dice así: «el tener unos mismos estudios no es menos estrecho vínculo que profesar una misma religión» (1), con lo que presenta a la escuela cual comunidad ideal que unifica los espíritus, que los reúne y compenetra por la cultura, como voluntad actualmente hacia fines de interés común.

La convivencia escolar, como estímulo de superación en cuanto proyección sentimental sobre el propio valer frente a los valores ajenos, viene a desarrollar la emulación, deseo innato de consideración por parte de la comunidad y afirmación ante ella de la persona.

De tal estilo emulativo carece la enseñanza individualista, con lo que el sentido del esfuerzo es más difuso al carecer de referencias próximas del esfuerzo de los demás. Tal es el efecto benéfico de la acción ejemplar del buen alumno sobre la clase, cuyo polo negativo es en un extremo la rivalidad egoísta y al margen de una sana pedagogía infravalorada de la acción del maestro, la acción ejemplar del mal alumno.

(1) L. I, cap. II, II, pág. 25.

Exáltase, por tanto, la personalidad y el sentimiento de pudor: «tendrá por cosa vergozosa quedar atrás de los iguales y por honra exceder a los mayores».

Todo esto sirve de espuela a los ánimos y aunque nunca es buena la emulación, ordinariamente es origen de cosas buenas» (1). Aprende en la escuela lo suyo y lo de los otros, aprobará o corregirá la labor y conducta propia y ajena y en todas estas actividades desarrollará de manifiesto el poder de criticar, en relación estrecha con la inteligencia.

La pedagogía moderna se une a esta visión de las ventajas de la enseñanza pública y la enseñanza individual decae, para dar paso a la socializada. Sin duda llega a exagerarse tal socialización a causa de las teorías organicistas que mediante símiles gratuitos sacrifican los fines individuales, sagrados e inalineables, por los fines colectivos —indudablemente valiosos— como vinculados a sistemas filosóficos de acusado panlogismo. Remedios contra tal absorcionismo, tales como la enseñanza individualizada en lugar de individual u otros planes, no nos interesa ahora pero sí destacar que la defensa que el riojano hace de la escuela pública tiene un hondo sentido moral y es una superación del aristocraticismo docente. Se apoya en el instinto de convivencia en el hombre «como animal político», en la razón de la oratoria. «Si el hombre no tuviera sino otro hombre con quien comunicar, no habría elocuencia en el mundo» (2).

Ni la moral ni los conocimientos son inferiores por la enseñanza pública; ciertamente existe tal peligro pero también en la familia y puesto que se conocen, el maestro estará en guardia contra ellos.

Para el rétor las ventajas son muchas e indudables y rotundamente confiesa su adhesión a la escuela pública: «siempre antepondría la luz de una junta de niños buenos y honrados a la obscuridad de una enseñanza clandestina y doméstica» (3).

Y efectivamente con el Imperio la enseñanza pública fué un hecho: gramáticos y retóricos llegaron a gozar de notables distinciones aunque los maestros de primeras letras (ludi-magister) no estuviesen estimados, como se mereciesen, si bien es cierto

(1) L. I. cap. II, II, pág. 26.

(2) L. I, cap. II, II, pág. 28.

(3) L. I. cap. II, pág. 23.

que con frecuencia su saber era escaso y las virtudes discutibles, pero de tales defectos no estaban libres muchos de sus colegas de las otras escuelas.

En la Roma Imperial el sistema escolar se presenta destacadamente perfecto y aunque su organización sea en su mayor parte plagio de la griega, jamás en Grecia gozó de semejante perfección. «La antigüedad nos ha previsto de tanto número de maestros y de tantos ejemplos, que parecen tal vez que ningún tiempo hay más feliz para nacer que el maestro, en cuya instrucción se han empleado todas las fatigas de los siglos anteriores» (1). Reconozcamos sin embargo que tras su aparato externo la enseñanza cayó en el formalismo abstruso y aunque Quintiliano defiende la escuela pública sistemática al servicio del pueblo, no deja de atacar los métodos empleados propugnando por vitalizar la educación.

El renombre adquirido por su escuela de elocuencia y el deseo de una depuración, impulsan a Vespasiano a acometer la labor como cosa oficial y de general interés común: funda cátedras públicas pagadas por el Estado, y el calagurritano recibe el primer sueldo o retribución de 100.000 sextercios, suma considerable, si se tienen en cuenta los humildes recursos económicos de que disponían los profesores. Así el rétor gozó fama de rico y afortunado, quizá mayor que en la que en realidad le correspondía. La afición de los Emperadores a la oratoria favorecerían estas reformas y ponían el tesoro al servicio de los mejores. El mismo Domiciano entre sus pocas virtudes contaba la pasión por la palabra bella y marca una época feliz en la elocuencia; el riojano la adula con exceso y sin reservas, y el déspota le concede los mejores honores. Nunca un profesor de retórica había logrado semejantes atenciones.

El ejemplo quedó patente en los sucesores y el favor por la enseñanza fué en aumento. Así Adriano fundará el Ateneo, abre nuevas escuelas, concede jubilación a los maestros y, para no olvidar su patria, fomenta en España la enseñanza con mano generosa.

Antonino Pio, suprimió los impuestos a los maestros y los libró del servicio militar. Posición tan ventajosa atrajo a tan gran cantidad de aspirantes que hubieron de limitar las plazas. Constantino el Grande, tras ratificar los pri-

(1) L. XII, cap. XI, II, pág. 365.

vilegios de sus antecesores, los declaró sagrados a ellos y a sus familias.

Teodosio y Valentiniano, acrecentaron la influencia estatal en la enseñanza hasta hacer de ella un verdadero monopolio y prohibieron la creación de escuelas no oficiales.

Todo ello es un triunfo de la escuela pública defendida por maestros retóricos.

